

Corazonada, no cruzada

Hablábamos con un «religioso»—esto de «religioso» es un decir, y entiéndase fraile, aunque no sea lo mismo—acerca de lo que él llamaba la evangelización o cristianización de la morisma marroquí. Y nos decía que no hay modo de convertir a los moros, que, encastillados en su Corán, ni oyen lo que se les dice. Eso si son coránicos o musulmanes, que, en general, no lo son más que son cristianos nuestros campesinos. Y le contestamos que nos parece natural que no se les pueda convertir, por la sencilla razón de que ya están convertidos.

Hay, en efecto, en la religión popular una parte, muy vaga, sin duda, y muy escépticamente aceptada, que es la viva, y todo lo demás que recita de coro el pueblo, por haberlo aprendido en el catecismo, es teología muerta. Para una mujeruca del pueblo, y para su hombre, lo vivo es que hay otra vida y un Dios que en ella premia a los buenos y castiga a los malos, y acaba perdonando a todos, y aun de ello no están muy seguros. Todo lo demás, de las tres personas y de las dos naturalezas, y de la transustanciación, y etc., etc., ni lo entienden ni les importa. Fuera de aquéllo, vivo sólo hay la mitología popular y el culto, que es más arte que religión.

En lo vivo, en lo sustancial, el moro de Marruecos y el de España coinciden: el Corán popular y el Evangelio popular son iguales. Y en cuanto a lo otro, al culto, a la leyenda, a la mitología, hacer que el moro marroquí venera a San Roque o a San Isidro en vez de venerar a su santón, es como pretender que el moro zaragozano sustituya el culto a la virgen del Pilar por el culto a la de los Desamparados, o que el moro valenciano sustituya éste por aquél. O que cambien de Cristos las diferentes cabillas españolas.

Habría un medio de arreglar la cosa, y es admitirlos todos, como en un panteón. Así, los jesuitas, en su procesión del sagrado corazón de Jesús—con cuyo culto tratan de suplantar el del Cristo castizo, el de la mucha sangre y las enaguillas—, sacan varias imágenes de la virgen para que le sirvan de escolta.

¿Y si se intentara convertir a los moros con eso del sagrado corazón? ¡Habría que ver cómo lo recibían! Acaso tuviera éxito, y más conociendo la estética moruna. Aunque lo malo es que los moros son pobres. En la cabila valisoletana se está levantando una colosal estatua, de cemento, del sagrado corazón, y a los donantes que dan más de quinientas pesetas se les concede la gracia—no sabemos si suficiente o eficaz—de que figure su nombre en el corazón mismo de la estatua, que ha de ser como un buzón.

Es lástima que los moros tengan esa aversión a la representación plástica de la figura humana y que no les gusten las estatuas. Porque de otro modo...

Los impíos, que siempre abundan, y sobre todo los malos españoles, los que están empeñados en desacreditarnos ante el mundo, suelen decir que lo que hace falta en Marruecos es evangelizar y cristianizar a los españoles que andan allí de protectorado, a los que se dicen cristianos, empezando por los «religiosos». Dicen que hace falta un protectorado para los españoles.

Pero nosotros volvemos a nuestro tema. Hasta ahora, lo de Marruecos ha sido una cruzada, y cruzada derivada de cruz. Convendría sustituirle por una «corazonada». Y la imagen podría llevar, a modo de nimbo, una media luna. ¿Por qué no, ya que no lleva cruz alguna? La exclusión de la cruz—prudentísima medida—facilita su introducción entre los moros.

Nada, nada; sustituyase a los franciscanos, esos de las llagas—cosa de sangre, como los Cristos—, con jesuitas y que éstos lleven allá su dulcísimo y amabilísimo culto. A los moros les gusta mucho el azúcar. Y los jesuitas, además, con aquello de «eso no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante», suprimirían lo superfluo y luego canonizarían al moro Muza.

¡La suya sí que sería penetración pacífica, pacificísima!

No vemos más que un inconveniente para que la cruzada sea sustituida por la corazonada, y es que los pobres moros no tienen sobre qué caerse muertos. ¡Ahora, si se abriese una suscripción para la corazonada!... ¡Gran Campaña Social! Y su lema sería: «Reinaré en Marruecos, y con más veneración que en otras partes.» Pero, ¡ah!, los tiempos de San Francisco Javier han pasado. Verdad es que de él a la beata Margarita María de Alacoque va un siglo, un siglo de barroquismo materialista. A San Francisco Javier no se le apareció Jesucristo ni le hizo ver, por el agujero de la llaga de su costado—como por el objetivo de un cosmorama—, como un prado amenísimo.

Miguel DE UNAMUNO

